

Palabras del presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari, en el Teatro de la Ciudad de Monterrey

Es muy grato tener entre nosotros al presidente de Estados Unidos. Confirma el propósito común de fortalecer las relaciones entre México y Estados Unidos. Ellas son muy importantes para cada una de nuestras naciones y lo son también para el Continente Americano. Estoy convencido que hemos iniciado, con el espíritu de los tiempos del fin de siglo, una nueva manera de ver, uno en el otro, una oportunidad de beneficios y una ocasión para la amistad.

Así entendemos las ventajas de una vecindad que nos estimula a enfatizar las coincidencias, respetar y superar las diferencias, aprovechar los intereses compartidos en beneficios concretos. El nuevo ánimo que nos distingue es el factor activo en nuestra relación. Lo es ante los desafíos planteados, desde ahora, por el siglo XXI y también ante los cambios internos de nuestros países y su más intensa interacción.

Afuera, se vive el vértigo del cambio y se fragua un mundo nuevo de dirección aún incierta. Testigos de acontecimientos inusitados, somos conscientes de que la historia nos sorprende con profundas transformaciones; los sueños de la libertad y los imperativos de la justicia han escapado a los mitos que parecían atraparlos y regresan donde siempre estuvieron: en la decisión de los hombres y las mujeres contemporáneos.

El fin de la guerra fría ha encontrado un arquitecto en el presidente George Bush. Reconocemos las nuevas oportunidades que usted ha contribuido a crear, que nos permiten

ya imaginar el mundo del siglo próximo. Los retos globales de hoy —por inmensos que aún parezcan— han superado la rigidez bipolar. Sin duda, la grave crisis del Golfo Pérsico demuestra, dramáticamente, que el optimismo debe ser cauteloso; que aún la arrogancia de la invasión permanece como lo muestra Irak; que ninguna noción de derecho puede aceptar la impunidad de la agresión contra Kuwait. Pero una renovada comunidad internacional permite mantener la esperanza que la norma internacional impere por encima de la invasión, del capricho y la arbitrariedad. México apoya firmemente la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Las nuevas incertidumbres, con todo, encuentran medios inéditos para su resolución civilizada. Fortalecer estos nuevos caminos son la mejor esperanza del mundo. Estas transformaciones políticas internacionales han sido ocasión para una mayor cooperación entre México y Estados Unidos, en el marco de la Organización de las Naciones Unidas. También, hemos podido concentrar nuestra atención continental más eficazmente en los grandes temas del desarrollo y la paz.

La emergencia de nuevos centros financieros, comerciales y de innovación tecnológica en Europa y en la Cuenca del Pacífico, imponen nuevos retos a nuestros países. La competencia por los mercados agudiza la presión por modernizar y hacer más eficientes los aparatos productivos. Podemos aprovechar la complementación de nuestras economías y las ventajas comparativas que cada uno debe impulsar. La capacidad de nuestros países conjuntamente con la de Canadá, elevará la fuerza de cada uno. México ha planteado a los países latinoamericanos que un posible acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos y Canadá haría de nuestro país un sólido puente comercial hacia el Norte y Sur del Hemisferio. Por ello apoyamos sus esfuerzos de integración subregional y participamos en algunos de ellos. Por eso, también, vemos favorablemente la Iniciativa para las Américas que usted, presidente Bush, propusiera en junio pasado, para formar una zona hemisférica de libre comercio, vinculándola, además, a la solución de los problemas de la deuda y la promoción de la inversión. Esto permitirá al continente competir mejor ante los bloques económicos de otras latitudes y hacer de nuestra vecindad un enlace estratégico de la cooperación internacional.

Al interior de nuestras naciones mucho ha cambiado. Mi país moderniza sus estructuras económicas y renueva sus instituciones políticas. Existe un nuevo ánimo social para superar los viejos problemas de la pobreza y situar a México entre las naciones de avanzada en el mundo. Estamos decididos a hacerlo con libertad, abriendo oportunidades productivas, fortaleciendo un sentimiento y una convicción muy nuestra, muy profunda, de todos los hogares mexicanos: la solidaridad.

Hemos dejado atrás los años de estancamiento económico. Comenzamos ahora a recoger los frutos de un intenso proceso de ajuste y cambio estructural. Abandonamos ya los temas más agudos de la crisis como el de la deuda, y atendemos predominantemente los temas de la productividad, la inversión y el crecimiento. La prioridad ha sido desde los inicios del cambio, mantener una firme disciplina fiscal y abatir la inflación. En ambos casos, los resultados han sido alentadores. Avanzamos ya hacia una economía abierta a la competencia exterior e interior, más eficiente y atractiva para la inversión, creadora de nuevos empleos.

Estas grandes transformaciones en México también se han encontrado con una nueva conciencia del cambio en su país. Es la conciencia de la competencia internacional que obliga a replantearse los problemas de productividad y eficiencia de una gran economía que despierta de la complacencia. Es la de la importancia de la disciplina fiscal que busca abatir déficits históricos que afectan a su nación y al mundo. Es la decidida lucha contra el narcotráfico y, sobre todo, el consumo de drogas. Es una conciencia ecológica y preocupada por la educación pública. Es la conciencia de levantar la bondad del norteamericano, lo que William James llamara "la voluntad de creer". Esta nueva conciencia revalora sus vicinidades y reconoce las interdependencias y los ha acercado a México.

Señor presidente Bush:

Con el empeño de nuestros pueblos y gobiernos, Estados Unidos y México construyen una nueva relación bilateral, digna y productiva. Por ello, sabremos resolver los problemas naturales en una relación tan compleja y extensa, a través del diálogo franco y de buena fe que ha caracterizado todos nuestros encuentros.

Hay, como es natural, enormes expectativas en nuestros países y en el mundo entero en torno a la eventual suscripción de un acuerdo de libre comercio entre nuestras naciones. Queremos que sea fuente de creación de empleos en ambos lados de la frontera, de un clima de certidumbre para los inversionistas, de reciprocidad y aliento a nuestras exportaciones y razón de una mayor capacidad competitiva de nuestras economías. Las medidas económicas que decidimos los mexicanos para responder a las necesidades internas afianzarán sus beneficios al encontrar, al exterior, inversiones, comercio abierto, medios justos y objetivos de resolver controversias.

La prioridad de mi gobierno es fomentar el pleno empleo y el bienestar de todos los mexicanos. Al lograrlo, se dará una solución de fondo a la muy dura realidad de nuestros compatriotas en el campo y en las colonias populares de las ciudades y, desde luego, para aquellos que se vean obligados a migrar al otro lado de la frontera. Mientras tanto, es siempre un deber moral y jurídico procurar un efectivo respeto a los derechos humanos y laborales de estos migrantes y sus familias, quienes con su trabajo realizan una indudable aportación positiva al desarrollo de la economía de Estados Unidos. La violación a la integridad física y moral de cada uno de ellos, en ambos lados de la frontera, es una afrenta a los valores en la que ambas naciones creemos: y un motivo que aflige la conciencia de todo hombre de bien. El respeto al individuo es una de las más grandes herencias de su pueblo y una profunda convicción entre los mexicanos. Que esta sea la conducta imperturbable, aquí y allá, para quienes con trabajo quieren vivir dignamente mejor.

Con este mismo espíritu de apoyo mutuo seguiremos trabajando en la lucha contra las organizaciones criminales del narcotráfico que no respetan fronteras. La cooperación internacional es indispensable y se expresa en mayores flujos de información y confianza para, al interior, elevar la eficiencia en el combate contra las drogas, bajo el respeto estricto de los derechos humanos y nunca como pretexto para su violación; y, al exterior, ser contundentes en esta guerra total con el mayor respeto a la soberanía de las na-

ciones, a lo que cada quien le da en esta causa por la humanidad. Cada país que se ve afectado por algún eslabón de esta cadena delictiva debe realizar un esfuerzo efectivo de autodefensa. Desde la producción, el tráfico de armas que los protegen, el lavado de dinero que los oculta, en la facilitación de los precursores químicos con que se elaboran, hasta la distribución y el fatal consumo.

Ningún país está a salvo de este mal y nadie es más víctima que otro. El costo para México se mide por las vidas que se han perdido al combatirlo, en los niños huérfanos que ha dejado. En otros, lo que se pierde es el alma de jóvenes envenenados por el consumo de estupefacientes. Las bases de nuestra civilización se ven socavadas con este cáncer social. Un mundo sin narcotráfico ni droga no es ninguna utopía. Significa el hecho posible de que impere la ley y se conserve la salud moral de nuestras naciones y de nuestras familias. Por eso, aspiramos a vencer en esta lucha, sin duda alguna ardua y compleja, pero a la que no podemos renunciar.

La misma voluntad política que Estados Unidos y México ha manifestado para colaborar ante el problema del narcotráfico, se expresa también en el ámbito de la defensa ecológica y de la preservación del medio ambiente. Hemos coordinado acciones sobre bases de igualdad, reciprocidad y beneficio mutuo para atender problemas de contaminación del aire, suelo y agua en la zona fronteriza. Estamos diseñando un programa integral al respecto con la participación de las comunidades y de los grupos ecologistas interesados. Hemos iniciado ya importantes obras de saneamiento del río Bravo, y una planta binacional de tratamiento de aguas residuales sobre la zona de Tijuana-San Diego.

Esto es tan sólo una muestra de los alcances de la cooperación mexicano-norteamericana. Es prueba fehaciente del ánimo emprendedor que acompañará a nuestras futuras acciones. Su origen está en el respeto a la naturaleza, al anhelo común por un medio ambiente equilibrado que corresponda al pleno desarrollo del individuo y de la colectividad. Biología y economía no sólo deben convivir sino ser parte integral una de la otra. Nuestras naciones tienen mucho que compartir y mucho que cooperar. Nos identifica la misma preocupación por contar con generaciones más sanas y más aptas para enfrentar los retos del mundo.

Ahora nos conocemos más a fondo; nos encontramos frente a frente con una rica y vigorosa personalidad nacional y cultural. Contamos con nuevos convenios y programas en materia educativa y cultural. La educación siempre ha tenido un lugar prioritario en las políticas de nuestros gobiernos. Nuestras juventudes exigen una educación de calidad porque están conscientes de los retos que vendrán con el siglo que está por abrir sus puertas. Quieren mayores intercambios, profundizar la visión de su país y del mundo, entender mejor las nuevas reglas de la acción de empresas y gobiernos, y de su indispensable interrelación como agentes del cambio.

En la cultura se afianza la identidad de nuestros pueblos. A través de ella, los mexicanos hemos tejido la historia de una nación que se enorgullece de su pasado y actúa con seguridad ante los vientos del cambio. Por ello queremos que se conozca en toda su fuerza y su riqueza. Es aquí en donde brilla con mérito propio la magna exposición expuesta ante los ojos de millones de norteamericanos que visitan el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York: el esplendor

de México a través de 30 siglos. Esperamos ver en México la rica creación artística, científica y literaria de Estados Unidos. Al conocer mejor nuestras culturas nos asomamos al alma de nuestros pueblos, desvanecemos los fantasmas de la incomprensión, abrimos los anchos caminos de la amistad.

Señor presidente:

Sólo dos pueblos libres pueden y saben ser amigos; este es el caso de Estados Unidos y México. En esa misma medida, los lazos que nos unen son firmes, de pensamiento y de obra. Como se expresara en su Constitución esa idea que ha apasionado también a los próceres de América Latina, estamos obligados a: "garantizar la bendición de la libertad para nosotros mismos y nuestra posteridad".

Este encuentro es signo de los tiempos y está a su altura. Se inscribe en el marco de dos tradiciones históricas, dos culturas tan ricas y magníficas como nuestros pueblos. Este es el escenario de nuestra acción conjunta y el espacio que nos permitirá desplegar la energía constructiva de nuestras sociedades. Juntos, mexicanos y estadounidenses, habremos de recoger esos frutos de realizaciones efectivas, de esperanzas cumplidas.

Señores y señoras:

Hemos avanzado, especialmente en esta visita, en nuestra relación bilateral como pocas veces en nuestra larga historia. Quiero dejar constancia pública que en todas las reuniones con el presidente Bush, he encontrado a un hombre respetuoso e interesado en nuestro camino, de esmerado trato para nuestro país, sensible siempre a lo que somos. El presidente Bush busca razones y consensos, sabe escuchar antes de actuar, expresa la grandeza del espíritu de su pueblo. Bienvenido nuevamente a México, presidente Bush.

Monterrey, Nuevo León, 26 de noviembre de 1990.